Y como tallo de llanto y luz del surtidor, en el silencio de un patio, su voz honda y depurada en un aire de melancolía, fue quebrada por una racha de viento.

"Esta la fuente muda.
"Hoy sólo quedan lágrimas
para llorar."

CARLOS MARTIN

Francis Jammes

No quería morir en septiembre. ¡Qué lindo el poema en que deja traslucir calladamente su temor a tener que marcharse antes que las golondrinas! Dios (que tanto lo había escuchado) le concedió pasar de esta vida a la otra poco tiempo después. No ha terminado aún la novena de las Animas, y en el aire del otoño tiembla el sonido de las campanas lugareñas y de los cantos en que los labradores piden al Señor que los libre del rayo y de la *subitánea muerte*. La montaña vuelve a su viento y a su nieve. La luz es como la de las estampas. Y en la noche, cada vez mejor y más grande, los pinos acercan el mar. El paisaje de Orthez abandona lentamente sus últimos oros, apaga su fuerza musical y se va encerrando con amor en un silencio de estrella, para no turbar el primer sueño del hombre que lo cantó para siempre.

Mientras reabro sus libros, un poco polvorientos ya, me pongo a recordar la época en que los leí por primera vez. Y me veo, allá por el año 1921, en una aldea de Orense o de Lugo, reflexionando sobre su valor y su alcance. Conservo todavía en la memoria la ventana que se abría frente al castillo del mariscal Pardo de Cela o aquella otra que miraba largamente las piedras dormidas de Santa María de Amarante mostrándome hombres y cosas como los que tienen vida y nombre en la obra de Francis Jammes. No sólo el mismo paisaje y los mismos rostros vigorosamente simples, sino también la misma luz y el mismo movimiento interior de las almas. Me conmovía de veras ver transfigurada en hermosura poética la realidad humilde que vivía delante de mis ojos (los trabajos y los días del campo, los amores sencillos, las pasiones desnudas) y descubrir, entre aquellos versos, perfiles que me eran familiares y voces parecidas a las que sonaban a mi alrededor. Este pastor de nombre francés era igual al pastor de nombre gallego con quien conversaba yo todos los días; este abad hablaba como el señor cura del pueblo, y no era mejor latinista; este notario podía ser confundido con el de la villa próxima por su lentitud y su paraguas; este paralítico se parecía bastante al que traían en un carro los días de feria para enternecer el corazón difícil de los chalanes; esta señorita le había arrebatado su gran sombrero de paja con largas cintas flameantes a la señorita de aquella casona blasonada; este mozo iba detrás de sus bueyes de bronce con la misma dignidad que los que yo veía regresar todas las tardes a la aldea. El drama entero del pequeño mundo campesino (con su felicidad y su melancolía, con su miseria y su gloria, con su buen sol y su mal diputado) cabía para mí en aquellos versos, agrios y fuertes como el queso de la montaña. Diecisiete años después pienso, como entonces, que sólo gozando y sufriendo profundamente el campo y sintiendo con el corazón el latido del corazón de su pueblo, es posible reflejar uno y otro con la belleza definitiva que tienen los versos de Francis-Jammes.

En la poesía francesa contemporánea, tan dócil generalmente a los ficheros infalibles y a los cuadros sinópticos muy bien peinados, el autor de *Clairières dans le ciel*, que fue hombre de honesto escándalo desde que hizo irrupción en las letras (cuando la oferta de vidrieras góticas y de princesas enamoradas era realmente alarmante), Francis Jammes, digo, resiste de mala gana el menor intento de clasificación. En el sonido tradicional de su instrumento hay a menudo notas inesperadas (y no siempre biensonantes) que dan a su música un aire de música sin historia, sin antecedentes, sin filiación: un aire que maltrata los cánones y hace volar los catálogos pero que tiene el ímpetu y la frescura

NTRA SRA DEL ROSARIO

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

del aire de la vida. Yo creo, sin embargo, que donde hay que buscar el secreto de la originalidad de Francis Jammes no es tanto en el timbre de su canto como en el hecho (acaso único) de haber podido elaborar una poesía de extraordinaria calidad sentimental con el idioma de la conversación (sin eludir en éste lo irracional y lo inerte), y en la rarísima circunstancia de haber logrado fijar la voz de su provincia una vez depurada de todo rastro de folklores y elevándola de lo particular a lo universal con una voluntad vivísima y trascendente. Francis Jammes era demasiado artista para dejarse encantar por las sirenas del costumbrismo y demasiado hombre para no sorprender en el color local el color (y el calor) del mundo.

Entre los dos grandes ríos que fecundan la poesía francesa y que son, a mi juicio, el cartesiano de Paul Valèry y el aristotélico-tomista de Paul Claudel, veo un poco perplejo a este buen notario de las nubes, con la barba y la imaginación en el viento de los Pirineos y la fe católica bien adentro del corazón. Así estará también en el cielo de Europa, junto a dos hombres que amaron y cantaron cristianamente a los seres humildes: Jacopone da Todi con el alma encendida y Charles Péguy con la pobre frente agujereada.

FRANCISCO LUIS BERNARDEZ

Noticia de Bernardo Arias Trujillo

"Sigan tus escritos el ritmo de tu corazón". Esta sentencia define el itinerario intelectual de Bernardo Arias Trujillo. El registro de su natividad en el globo literario está escrito sobre el mapa montañero. Caldas asistió a su epifanía y le fue fiel hasta su evasión hacia la eternidad. Esto nos explica su brutal apego al terruño que le retuviera entre el paréntesis multicolor de su paisaje. Allí estaban las raíces sentimentales arraigadas profundamente en el suelo montaraz imposibilitando su trasplantación a otras temperaturas cerebrales. Quizá ésta

Universidad del Rosario | Archivo Histórico